

JAIME EYZAGUIRRE, A TREINTA AÑOS DE SU MUERTE

Víctor Mukarker Ovalle

Abogado, P.U.C.

Profesor de Historia del Derecho

En esta misma revista, volumen VIII, N° 1, de 1993, nuestra emocionada Editorial bajo el título de “Jaime Eyzaguirre, Historiador y Maestro”, se iniciaba con las siguientes palabras: “Hace veinticinco años, al anochecer del martes 17 de septiembre de 1968, en las cercanías de Linares, en un accidente automovilístico absurdo para el entendimiento humano, murió trágicamente don Jaime Eyzaguirre Gutiérrez, insigne historiador y maestro inolvidable. Algún sentido ha de tener que quien amó tanto a Chile nos dejara en las vísperas del aniversario de la patria”.

Hoy, al cumplirse treinta años de ese infausto acontecimiento, hemos querido reproducir en estas páginas los párrafos más destacados de lo que dijeron o escribieron acerca de él, en sus opiniones, discursos fúnebres o artículos de prensa, algunos distinguidos profesores y personalidades de la época:

- “Jaime Eyzaguirre fue un hombre que desplegó gran patriotismo y fe para expresar sus ideas. Nunca vaciló en manifestar con valentía y franqueza sus convicciones. Era combativo, pero, al mismo tiempo, sabía ser comprensivo y tolerante. Eran magníficas sus clases para los alumnos de las dos Universidades. Con respecto a su obra escrita, puedo destacar la calidad literaria. En este sentido era un verdadero artista. Recuerdo, en particular, su notable discurso de incorporación a la Academia sobre Alonso de Ercilla... Vivió, con modestia, de su sueldo de profesor. Dedicó su vida a una actividad noble, con pasión y dignidad”. **(Pedro Lira Urquieta, Secretario de la Academia Chilena de la Lengua. El Mercurio, Santiago, jueves 19 de septiembre de 1968)*.** Don Pedro Lira Urquieta fue, además, Miembro de Número de la

Academia Chilena de la Historia, notable jurista, Decano de la Facultad de Derecho de la Pontificia Universidad Católica de Chile y Embajador ante la Santa Sede.

- “Jaime Eyzaguirre era esencialmente un hombre puro, consagrado al estudio de las raíces más nobles de nuestra nacionalidad. Sus trabajos enaltecieron la obra de España en la Colonia, injustamente vilipendiada, y realzaron los valores más positivos de la organización republicana. En sus libros, en su cátedra, en las revistas de historia, en las salas de conferencias, mostró una devoción patriótica de la más alta jerarquía y derramó su talento para ejemplo de la juventud, que asimilaba con justa admiración sus enseñanzas. Tuvo siempre el valor de sus convicciones y su honradez lo llevó en más de una oportunidad a rectificar juicios anteriores sobre la base incansable de sus nuevos estudios”. **(Ernesto Barros Jarpa, ex Ministro de Relaciones Exteriores, Miembro de la Academia Chilena de la Historia y autor de numerosos trabajos de carácter histórico y jurídico. El Mercurio, Santiago, jueves 19 de septiembre de 1968).**
- “La muerte de Jaime me produjo una honda emoción. Aunque Menandro, el poeta griego, hace decir a uno de sus personajes que “los amados de los dioses mueren jóvenes”, yo no me conformo con esa filosofía... En una época de profunda crisis en los vínculos tradicionales que nos unen con el pasado, él era un tradicionalista en el exacto sentido biológico que conviene dar a esta palabra. Nosotros recibimos de las generaciones pasadas todo lo que tenemos y no podemos cercenarle al futuro nada de lo que no es nuestro ni tampoco falsificar como propio lo que es ajeno. En este sentido, Jaime fue un hombre honorable, que agradeció al pretérito de Chile lo que ese pretérito hizo por nosotros y nos dejó en herencia. Por eso amaba la Historia, y él mismo fue un cultor de ella... Pero, como siempre la crónica de los tiempos se escribe en lenguaje correcto, fue también un amorador de los clásicos y los cultivó con esmero. De ahí que sus libros están escritos en elegante prosa hispanoamericana. Y de ahí, también, que por sus méritos fuera elegido Académico de Número de la Academia Chilena de la Lengua. Que hoy se inclina entristecida antes sus despojos mortales, pero orgullosa, al mismo tiempo, de haberle contado entre sus miembros”. **(Augusto Iglesias Mascarregno, periodista y escritor, Miembro de la Academia Chilena de la Lengua. El Mercurio, Santiago, jueves 19 de septiembre de 1968).**

- “No sé qué podría admirar más en el amigo perdido: si su ciencia o su fe. Porque si para todos Jaime Eyzaguirre fue un hombre de estudio, profundo, serio, responsable, verdadero y tremendamente chileno, para quienes le conocimos con alguna mayor intimidad fue un cristiano ejemplar, de recia y tierna vida interior. Para la generalidad, para quienes simplemente le leyeron o fueron sólo sus alumnos en la cátedra, fue un notable y ameno maestro, un inquieto y permanente buscador de la verdad. Para un grupo de escogidos fue mucho más maestro, de increíble hondura, de sabia e iluminada entereza para proclamar la grandeza y la fuerza de sus creencias. Sin duda, la vez que más intensamente le vi feliz fue cuando me confidenció que un amigo común parecía volver a la fe de sus padres”. **(Luis Valencia Avaria, Miembro de Número de la Academia Chilena de la Historia. El Mercurio, Santiago, jueves 19 de septiembre de 1968).**
- “Sentía por su patria un amor inteligente, lúcido, que lo llevó a conocerla más, a ahondarla en su ser, en su tradición y en sus ideales. Sus libros, su labor en la cátedra, así como sus claras e irrefutables exposiciones sobre los derechos soberanos de Chile respecto de sus fronteras y su territorio eran otras tantas formas de su pasión patriótica, en que el amor iluminaba y encendía a la inteligencia.

Escogió el libro y la cátedra porque le parecían un modo de acción y de presencia irremplazables. Abogado brillante, mente ágil y profunda, pudo haber triunfado en lo que se hubiera propuesto. Pero una vocación y una responsabilidad inalienables le decían que las otras tareas son pasajeras y fugaces. El estudio y los volúmenes que de él nacen son, en cambio, permanentes y quedan cuando el tiempo se ha llevado en su río todo lo demás.

En esta inquisición de Chile y de lo que alguna vez el mismo llamó su “fisonomía histórica” logró resultados que aún no se valorizan en todo su alcance. Necesitan más perspectiva y cuando la tengan confirmarán la riqueza y la hondura del pensamiento y de la obra de Jaime Eyzaguirre.

En su “Historia de Chile”, cuyo primer volumen había parecido hace apenas cuatro años, y que debía ser seguido de un segundo, que esperaba entregar a la imprenta a fines de este año, había conseguido una iluminación que otros historiadores dejaron olvidada o no alcanzaron a entrever. Chile aparecía

como un episodio magnífico, autónomo, original, pero enmarcado dentro de la historia de la Europa y del mundo de los años que van desde su descubrimiento hasta su liberación. Cuando lo continuara, este paralelo iba a prolongarse y debía enseñarnos lo que fuimos y somos, en la ancha y fecunda perspectiva universal.

El amor a Chile lo había llevado a una mayor y más rica comprensión de España. Como historiador auténtico, que no mutila los acontecimientos, ni los hace servir a prejuicios o capillas, entendió que sin la tierra de los conquistadores, que nos dieron visión y sentido del existir al cual nos impulsaban, éramos nosotros mismos incomprensibles. Por eso pudo también, profundizando en España y en su transcurso, abarcar al Chile que de su entraña se desprendiera un día y que tantas cosas logró de ella y, a la vez, rehizo o produjo de una manera personal e intransferible.

Su estilo de escritor era una alianza feliz y límpida de hondura y de claridad, cuyo fruto cuajado consistía en una elegancia y una fluidez que invitaban al goce y a la inteligencia. Leer era entender y entender era, a la vez, regocijo y fino deleite del espíritu. Aquella claridad, que Ortega y Gasset señalaba como la suprema cortesía del filósofo, brillaba en sus libros demostrando que toda inteligencia auténtica va siempre de la mano con la dignidad, la sencillez y la belleza.

Se explican, así, sus sitios en la Academia de la Lengua y en la de la Historia, que tienen también un carácter complementario y enriquecedor. Porque el literato inyectaba en sus creaciones históricas la diestra elegancia del estilo y de las diáfanas expresiones y el historiador iba recogiendo de la rica vertiente del pasado la lección densa y opulenta de lo que el arte y la literatura había representado en la textura de nuestro país y de su visión de sí mismo.

Pero sería empequeñecer mucho a Jaime Eyzaguirre si lo dejáramos en ese reducido ámbito de la Literatura y de la Historia. Hay que señalar lo que era como hombre, la atesorada fuerza de su sinceridad, de su transparencia y de su nobleza, el caudal inagotable de su generosidad y de su elevación de cristiano para quien el tiempo es sólo un episodio en que se teje y desteje la transición que estamos llamados a ser.

Su alma poseía una franqueza total. Quien lo trataba se veía en la inmediatez de un talento sin repliegues, que no escondía

nada de su pensamiento y ofrecía, incluso al adversario, la diáfana lealtad de su inteligencia y de su visión del hombre y de las cosas.

Su fe era también ejemplar. Creía con su ser entero, sin ostentaciones ni retóricas, y ajustaba cada uno de sus actos a esa convicción que en él era dominante sin intentar ser dominadora. No existía quiebra ni interrupción entre sus ideales y su conducta y quien veía su exterior tenía al mismo tiempo el raro privilegio de asistir a su intimidad.

Un accidente absurdo, cuya explicación todavía escrutaremos mucho tiempo en las páginas providenciales, lo ha arrebatado inesperadamente. La tragedia ha ocurrido justamente en los días en que la patria, que él tanto amaba y ayudaba a todos nosotros a comprender, se disponía a celebrar otro aniversario de su vida independiente.

Triste es decir que queda en sus obras, diremos por eso que queda y pervive en su ejemplo y en su bella y esperanzadora actitud ante el pasado y el destino de Chile.

Chesterton advirtió que la verdadera tradición no consiste "en que los vivos estén muertos, sino en que los muertos estén vivos". Jaime Eyzaguirre consiguió ese prodigio. Agradecámoselo y que este reconocimiento vele sobre su inesperada tumba y sobre nuestro profundo desconsuelo". **(El Mercurio, Santiago, jueves 19 de septiembre de 1968).**

- "Jaime Eyzaguirre ha muerto en el corazón de su tierra que tanto amó, bajo un cielo surcado por zonas de transparencia y de nubes, a lo Greco. Ha muerto en el mes nacional de Chile. En la fecha cima de su historia.

En Jaime Eyzaguirre la patria pierde a uno de sus hijos más ilustres, y las letras y la historia a una de sus mejores plumas. No se necesita adentrarse en la fecunda existencia de Jaime Eyzaguirre para encontrar su acción múltiple, copiosa e ingente. En la intimidad de sus escritos, el notable hombre de letras se ensancha y magnifica. La sola lectura de sus páginas es vida, existencia resucitada. Su inagotable y ubérrimo itinerario de escritor queda trazado con gruesos caracteres, muy particularmente en sus producciones históricas. Para Jaime Eyzaguirre, la historia como toda ciencia es dinámica y no puede quedar enquistada en fórmulas dogmáticas.

Desde el momento mismo en que entró con paso firme en el camino de las letras, su pluma no se seca. Mano pródiga y abundante. Su vida cubre decenas de años de intenso y duro batallar. De constante renunciamiento. De fatigosa y tesonera labor. Jamás se quiebra su entereza, su vitalidad permanece vigilante y jamás se extingue su extraña y rara capacidad de trabajo... Sembrador en el surco, apóstol y maestro, orienta y canaliza a una juventud austera y disciplinada. Con palabras sencillas pero firmes, fortalece sus espíritus y alienta sus esperanzas. Es al mismo tiempo germen y lluvia; viento que sopla y freno que contiene; vela hinchada del ideal y timón que la orienta.

No perteneció Jaime Eyzaguirre al grupo de las “tristes almas de cuantos vivieron sin merecer vituperio y alabanza”, de la que nos habla el Dante. Por el contrario, su vida fue definición y lucha. No conoció los términos medios ni los eufemismos ni las debilidades ni las transacciones ni las componendas. Y en la hora de la verdad, si no suavizó su estilo ni silenció su pluma, jamás perdió su noble dignidad y su elevada estatura moral. Y es que Jaime Eyzaguirre en todos los actos de su vida estampó su rúbrica de caballero y de cristiano a carta cabal”. **(Sergio Fernández Larraín, a nombre de la Academia Chilena de la Historia. El Mercurio, Santiago, viernes 20 de septiembre de 1968).** * Don Sergio Fernández Larraín fue abogado, escritor, diputado y senador. Desempeñó con excepcional brillo el cargo de Embajador de Chile en España.

- “El Gobierno y, en forma muy especial su Excelencia el Presidente de la República (* don Eduardo Frei Montalva), están presentes, por mi intermedio, en el duelo que aflige a la intelectualidad chilena con motivo del trágico fallecimiento de Jaime Eyzaguirre Gutiérrez.

Fue un hombre que vivió con la mayor autenticidad una existencia apasionada.

Amó a Chile y entregó su existencia su servicio; amó la historia y se consagró a su investigación; amó la docencia y con generosidad extraordinaria se dio a sus discípulos; y, en lo más íntimo de su ser amó a Dios y se entregó a su servicio.

Fue un intelectual consagrado. Nada de la cultura le era ajeno y dejaba de apasionarle; la historia, la literatura, el arte, la poesía,

la religión, la política. Todo era objeto de información, estudio, análisis y toma de posiciones.

Sus creencias y sus juicios podían ser objeto de contradicción y críticas -que él recibía también apasionadamente- pero nadie nunca pudo dudar de la honestidad y sinceridad de sus juicios intelectuales.

Y esta intelectualidad estaba vertida hacia Chile y al servicio de su país.

Amó a Chile con pasión y le entregó su talento y capacidades con generosidad.

Durante parte de su docencia universitaria fue compañero de su Excelencia el Presidente de la República, quien sentía por él el mayor respeto.

El magisterio de Jaime Eyzaguirre fue brillante, generoso y fecundo.

Sus lecciones, bien preparadas, eruditas, amenas, en lenguaje concreto y en diálogos permanentes, eran la atracción de sus discípulos.

Su magisterio se prolongaba a través de los pasillos, en las entrevistas individuales y en las charlas en su hogar. En el cálido ambiente de Seminario 40, rodeado de sus libros, documentos y recuerdos era donde la personalidad del profesor Eyzaguirre se entregaba más plenamente. Su charla ágil, su intuición, su apasionado interés por todo lo que se relacionaba con la cultura y su auténtico y profundo afecto por sus discípulos hacía que todos lo buscaran y se entregaran a él con entrañable afabilidad, por sobre diferencias ideológicas, políticas y religiosas.

Su personalidad era la del auténtico maestro en diálogo permanente y fecundo con sus discípulos.

Nadie que escuchó al profesor Eyzaguirre ha podido olvidar sus lecciones. Nadie que fue alumno del profesor Eyzaguirre sabe cuánto existe en la intimidad de su ser de la riqueza del maestro.

En lo más íntimo de su ser Jaime Eyzaguirre fue un hombre de fe que amó a Dios con pasión y se entregó a su servicio. Como

notas distintivas de su personalidad estaban su espíritu de dación, su interés por la liturgia, su amor al prójimo, su generosidad en la entrega, su absoluto desinterés por los bienes materiales, su apasionada defensa de la verdad y la justicia, como su inteligencia se lo indicaban. Nunca una claudicación, nunca una doblez, nunca una hipocresía. Se podía diferir de sus puntos de vista pero nadie nunca dudó de su sinceridad.

Era un cristiano que buscaba, apasionadamente, cumplir la voluntad de Dios y absorber su voluntad a la de Dios.

Permitidme que agregue unas notas íntimas. Nos unió una estrecha amistad; juntos hicimos gran parte de la senda como catedráticos de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile; juntos trabajamos en tres Escuelas de Temporadas en la misma Universidad; fueron múltiples nuestros intercambios intelectuales; pero todavía mayores nuestros diálogos humanos, los encuentros de nuestras almas. Pocas veces he conocido un amigo más generoso y un alma más noble.

Pocas veces he conocido una unidad más plena que la suya con Adriana Philippi, su esposa. El uno complementaba al otro, en la sublimación del amor conyugal.

Pocas veces he conocido un hogar más transido de inquietudes espirituales e intelectuales y de caridad". **(Máximo Pacheco Gómez, Ministro de Educación. Parte del texto original y de El Mercurio, Santiago, viernes 20 de septiembre de 1968).**

* Don Máximo Pacheco Gómez es abogado, profesor universitario, ex Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile, ex Embajador en Rusia y ex senador.

- "El día 7 de noviembre de 1957, en solemne sesión celebrada en la Universidad de Chile, se incorporaba a la Academia Chilena de la Lengua, Correspondiente de la Real Española, el afamado historiador don Jaime Eyzaguirre.

En su discurso de incorporación comenzó por decirnos, con natural modestia, que sólo podía ofrecernos el cultivo amoroso de la Historia. Y con ello declaraba una verdad que había determinado el curso mismo de su existencia. Porque ya desde joven se había interesado por los estudios históricos y había

publicado eruditos ensayos que llamaron la atención de sus mayores. Lentamente, sin desmayar jamás, prosiguió en su tarea de investigación y de cultura histórica. Uno a uno fue componiendo sus celebrados libros sobre firmes cimientos documentales. Pero lo más notable, lo que más podía interesar a la Academia que represento, era que supo dotarlos de elegancia y gracia, añadiendo a la galanura del estilo la insustituible palpitación humana.

Fue Jaime Eyzaguirre un historiador tal cual lo quería Menéndez y Pelayo. Amaba a los personajes que escogía, los hacía vivir y nos los pintaba con sus cualidades y defectos, sin faltar a la verdad. Tal ocurre, entre otros, con su semblanza literaria de don Alonso de Ercilla y Zúñiga y con su espléndida biografía de O'Higgins.

Incansablemente, sin timideces mantenía y defendía sus convicciones. Tampoco le fueron extrañas las congojas sociales. El ardor combativo que puede encontrarse en sus primeras publicaciones fue cediendo paso, en el curso de los años, a una mayor tolerancia y comprensión.

Otros oradores elogiarán sus bellas biografías y nos dirán algo de los premios y distinciones que logró. Sus numerosos alumnos recordarán conmovidos al maestro ejemplar. Tampoco habrá de silenciarse su amor a España y a la tradición cristiana que nos legó.

Por nuestra parte, en esta tristísima ocasión, sólo agregaremos que su vida fue una continua y silenciosa cátedra de virtudes, que su fe y su patriotismo no tuvieron quiebra, que en su hogar halló el refugio que endulzó sus inquietudes sin que jamás su espíritu se abatiera a cosas terrenales.

Por todo eso, por el ejemplo que nos dio, hemos de pedir juntos al Todopoderoso que con mano larga de justicia remunere con la gloria eterna sus afanes". **(Pedro Lira Urquieta, a nombre de la Academia Chilena de la Lengua. El Mercurio, Santiago, viernes 20 de septiembre de 1968).**

- "Nos resulta incomprensible en esta mañana de septiembre, en este reverdecer de primavera, estar aquí para despedir sus restos mortales. Estar aquí con él en este duelo, en fecha tan señalada de festividad patria. En esta celebración, cuyo exacto sentido Jaime Eyzaguirre comprendía mejor que nadie, porque

nadie tenía como él, unidos tan desde dentro, el amor a Chile y a su destino, con el amor a España y a su misión universal”. **(Mario Arnello Romo, por el Instituto de Cultura Hispánica. El Mercurio, Santiago, viernes 20 de septiembre de 1968).**

- “Con la doble congoja de miembro del consejo directivo del Instituto O’Higiniano y de amigo, traigo en esta hora verdaderamente crepuscular para la cultura chilena, el encargo de rendir, en nombre de la institución O’Higiniana que represento, el postrer homenaje a la esclarecida y egregia figura de Jaime Eyzaguirre Gutiérrez.

La desaparición del ilustre maestro enluta definitivamente a la Universidad, a las Letras, a la Historiografía y a la Diplomacia de nuestra patria, pues Eyzaguirre tuvo la multifacética personalidad de los verdaderos humanistas, la de aquéllos que en vez de encerrarse en la torre marfileña de las ideas y de los sueños, hacen confluír en sus vidas la especulación intelectual y la actividad humana, a despecho a veces de los inevitables conflictos entre la lealtad terca a los principios y las concesiones obligadas a la realidad”. **(Francisco Javier Díaz Salazar, en nombre del Instituto O’Higiniano de Chile. El Mercurio, Santiago, viernes 20 de septiembre de 1968).**

- “Fino, con aquella prestancia que forja la obra selectiva de los siglos, tenía un continente digno y señorial. Por su rostro hablaba la tradición de un viejo linaje vascongado, fundido en la historia patria y aliado aquí con otros de no menor relieve”. **(Luis Lira Montt, por el Instituto Chileno de Investigaciones Genealógicas. El Mercurio, Santiago, viernes 20 de septiembre de 1968).** * Don Luis Lira Montt es abogado y Miembro de Número de la Academia Chilena de la Historia.
- “Para la mayoría de sus alumnos no sólo fue el profesor, sino el amigo y consejero. Despedimos por ello con dolor al amigo sincero que siempre nos tendió su mano franca, al que con sus consejos y consuelos reemplazó muchas veces el apoyo paternal en los momentos difíciles y duros de la vida”. **(Roberto Mayorga, a nombre de los ex alumnos de don Jaime Eyzaguirre en la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile. El Mercurio, Santiago, viernes 20 de septiembre de 1968).** * Don Roberto Mayorga Lorca era, en 1968, Presidente del Centro de Alumnos de Derecho de la Universidad de Chile. Actualmente es abogado y profesor de Economía Política.

En el mausoleo familiar del Cementerio General de Santiago, donde fueron sepultados los restos de don Jaime Eyzaguirre Gutiérrez, hicieron también uso de la palabra, don Miguel María de Lojendio e Irure, Embajador de España; don Enrique Campos Menéndez, vicepresidente de la Sociedad de Escritores de Chile; don Sergio Martínez Baeza, secretario general de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, y don Alamiro de Avila Martel, jefe de Seminarios de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile.

- “Así le tomó la vida: duramente. Jaime marchaba solo, recto y pobre. No podía transigir. Perdía un cargo y hallaba otro. (“Siempre mejor”, confesaba, confiado en ese amigo que él llamaba “la providencia del Señor”). No pudo amontonar tesoros pues su riqueza estaba infinitamente más alto que la mediocridad de nuestros días monótonos... Solía bautizarse “la viuda de Sarepta”, pues su cántaro estaba siempre lleno del aceite de la felicidad, como el de aquella mujer que -según cuenta el “Libro de los Reyes”- obedeció al profeta Elías, dándole de comer en tiempo de hambruna. El buscaba el reino de su fe: todo lo demás le fue dado por añadidura”. **(Teresa Donoso Loero. El Mercurio, Santiago, viernes 20 de septiembre de 1968).**
- “Jaime Eyzaguirre fue abogado, jurista, diplomático, profesor universitario, intelectual selecto, historiador. Sobre todo esto último: historiador. Su pasión consistía en hacer vivir otra vez los hechos ocurridos y en resucitar a los rostros enterrados. Gustaba de trazar el perfil histórico de Chile a través de un mecanismo sencillo: la intuición. Sus páginas resultan así estupendas reflexiones sobre lo ido que se vuelve a encontrar. Se afirmaba en datos y buscaba con ahínco un método de investigación perfecto. Confirmado el dato, ubicada la fecha, agotada la labor investigadora, se lanzaba con una lucidez entusiasmante a detectar los pasajes oscuros, a precisar las motivaciones humanas, a establecer causas y consecuencias.

Muchas veces su posición ante determinados hechos y las explicaciones que daba sobre los fenómenos históricos hacían nacer las más vivas polémicas. Estas polémicas eran el mejor testimonio de que su pensamiento era debatido, defendido, atacado. O sea, sus compatriotas se preocupaban de él y de su trabajo científico. Y no podía ser de otra manera. Por muy ciegos que seamos los chilenos para reconocer los valores de los que no coinciden con nosotros, era imposible dejar de admirar en Eyzaguirre sus dotes singulares, su talento, su

cultura superior, la profundidad de sus observaciones”. (**La Unión, Valparaíso, viernes 20 de septiembre de 1968**).

- “Esta misma conciencia cabal de la relatividad de los juicios humanos supo Jaime Eyzaguirre ejercitarla en el trato privado y en la delicada comunicación entre alumno y maestro: sus convicciones propias eran inquebrantables y celosamente aquilatadas, tanto como el respeto de convicciones diferentes y hasta contrarias que el honrado ejercicio del pensamiento individual ajeno le opusiere en las aulas: ni él fue prosélito de jerarquías transitorias, ni admitía ningún ciego proselitismo impuesto por la prestigiosa pero temporal jerarquía de maestro.

Espíritu elegante demostró en sus tareas el ciudadano ejemplar que fue Jaime Eyzaguirre: elegante en el pensar, elegante en la exposición, elegante en la forma literaria, elegante en su vida familiar, en el diálogo social, en los afectos y los vínculos de amistad que le ligaban a seres innumerables.

La forma en que nos ha sido arrebatado, tan ajena a su tránsito habitual, duplica el dolor de su desaparición física definitiva que, más que una pérdida, importa un profundo quebranto de la alta vida nacional”. (**Alfonso Bulnes. El Mercurio, Santiago, sábado 21 de septiembre de 1968**). * Don Alfonso Bulnes Calvo, escritor, ex Embajador en Perú, Miembro de las Academias Chilenas de la Lengua y de la Historia.

- “Simbólicamente ha muerto Jaime Eyzaguirre, ese gran patriota, en las Fiestas Patrias. Lo ha querido Dios, con seguridad, para instarnos a seguir su ejemplo: para levantar nuestro patriotismo. Cuando él lo veía desfallecer en sus amigos, ante la situación del país, que cada vez se aleja más de la verdad subsistente, del camino y de la vida, para abismarse en este mundo, por el cual Cristo no quiso orar, nos decía: a la Patria, hay que amarla cuando está bien y cuando está enferma. El amaba, sí, sobremanera a esta tierra de contrastes, “de nieve y de espuma, de arena y de flores”, como tan bellamente la describía.

Estudió con sin par rigor científico su concepción por Pedro de Valdivia, su alumbramiento por España, “la de los fuertes señores de la espada y los siervos de la Cruz”, su niñez y adolescencia, cuyos encantos, desgarros, luchas y aventuras, captó admirablemente y toda su vida para conocer su momento

actual, porque sabía que la Historia no es exploración de cementerios, sino estudio del presente y del futuro.

Como nadie, intuyó el engarce de la gracia y la naturaleza, de la providencia y la libertad, en la historia y, también, el carácter inconcluso de ésta, en que no hay ciclos, en que nada se repite, en que cada segundo es un don irreiterable de Dios. Por eso, a los que le exponíamos nuestro desánimo frente a sucesos más o menos tenebrosos, nos confortaba siempre, revestido de la cristiana alegría que coronaba su dolor, con la esperanza de la segunda venida del Mesías; venida triunfal, en que El pondrá fin a los tiempos, cerrando el Libro de la Historia y abriendo el de la Vida. Nos instaba siempre a aguardar ese momento como constantes centinelas, y nos alimentó con las explicaciones de los Santos Evangelios, que hacía dar en su casa.

Sí. El esperó la venida triunfal del Señor Jesús, que también habrá de glorificar la tierra, según nos lo enseñaba. Fue incesante obrero de la mies en su vastísimo y secreto apostolado religioso universitario y -sabedor de que la ciencia es una persona, Cristo- practicó también el apostolado nobilísimo de la formación intelectual. Quiso Dios que fuera uno de nuestros mayores historiadores, que compusiera grandes obras, que fundara revistas, que escribiera como un poeta y sobre todo, que diera testimonio con su vida de que ya había llegado el que había de venir. Prodigó a sus discípulos su amistad, que era para él un destello del Amor y de la entrega de Dios.

Estuvo, pues, siempre aguardando a su Señor. Levantó su recia voz -que nadie hizo nunca callar- para defender sus mandamientos (tal hizo en su última intervención pública) y para hacer patente a los hombres su oculta presencia en esa modalidad inefable de la Creación, que es la Historia... Lo reconoció ante los hombres. Por eso, El lo habrá reconocido ya ante el Padre, llamándole a reinar a su diestra.

Es siervo dichoso, porque al llegar su Señor, le halló velando".
(José Joaquín Ugarte Godoy, El Diario Ilustrado, Santiago, sábado 21 de septiembre de 1968). * Don José Joaquín Ugarte Godoy finalizaba, en ese entonces, sus estudios en la Facultad de Derecho de la Pontificia Universidad Católica de Chile, hoy distinguido abogado y catedrático de Derecho Civil y de Filosofía del Derecho en la misma Facultad.

- “El rostro ascético, la palabra pronta, sin titubeos, la mirada franca, daban a su acción un alcance mágico... Habrá de recordársele, tal vez, y con sincera emoción, entre los maestros de las escuelas de leyes.

Se le veía en todas partes, sonriente, atento, caballeresco. Un antepasado suyo, el día 17 de septiembre de 1810, había estado al frente del Cabildo de Santiago distribuyendo agentes y emisarios ante los más caracterizados vecinos para que la reunión del siguiente día resultara lúcida. Y así es cómo en el Cabildo Abierto del 18 de septiembre la acción de Eyzaguirre y de su grupo hubo de cobrar papel decisivo en el curso de los acontecimientos. Eyzaguirre inscribía así su nombre entre los de los Padres de la Patria. Otro 17 de septiembre, ciento cincuenta y ocho años después, Jaime Eyzaguirre caía fulminado y destrozado por un accidente en la carretera, entre los hierros retorcidos de un carruaje. Los tiempos cambian, la vida sigue.

Y como prueba de que la vida sigue, allí están las instituciones científicas, literarias y universitarias, religiosas y caritativas, a las cuales estuvo unido Jaime Eyzaguirre, y que en la hora de su trágico fallecimiento estrechan filas y recuentan a sus miembros, para que todos puedan hacerse presentes junto al hombre que tan querido y respetado es en ellas. El maestro, el escritor, el pensador, el historiador que dispersó sus horas con diligencia afanosa en todos los sitios en donde la existencia espiritual de la nación rasaba más alto, deja un sitio vacante, pero deja, asimismo, un admirador y un amigo estremecido de dolor en cada uno de quienes tuvieron el privilegio de conocerlo.

Yo tuve, asimismo, ese privilegio, y en nombre de él me atrevo a trazar estas líneas, en las cuales acaso falten la ternura y la claridad. Es que cuando ha de hacerse una despedida así, cuando se inclina uno sobre la tumba de un hombre probo, digno, elevado de continente y de palabra, no puede uno evitar que el sollozo se deslice hasta el papel y deje allí un estremecimiento, un espasmo de aflicción y de congoja. Llamado a las más altas responsabilidades, forjado en la dura fragua del trabajo cotidiano, solícito con los suyos y con los de más allá de su hogar, patriota en el mejor sentido de la palabra, vocado por imperioso mandato de la sangre a la historia y a la enseñanza, ¿habrá dejado en letra impresa cuánto almacenaba su alma? Es de temer que no.

Habría sido necesario llevar nota de cuanto decía, en aulas y academias, para agotar la fluencia de su meditación sobre la patria y sus problemas, sobre Dios y sus criaturas, sobre familia, tradición, instituciones, usos y costumbres de Chile, así como sobre acción política y propaganda de los ideales que había bebido en la cuna y consolidado y acendrado a lo largo de años de estudios. Y eso queda hoy disperso, deshilvanado, en docenas y docenas de individuos”. **(Raúl Silva Castro. El Mercurio, Santiago, domingo 22 de septiembre de 1968).**

*Don Raúl Silva Castro, periodista y escritor, Miembro de las Academias Chilenas de la Lengua y de la Historia.

- “A medida que los días han ido pasando, resulta cada vez más difícil referirse a don Jaime Eyzaguirre. Pareciera que al cobrar su figura un relieve creciente, tras el vacío inmenso que ha dejado, fuera en la meditación silenciosa de su vida y de su personalidad, donde nos encontraríamos más cerca suyo. Pero un deber de gratitud y un imperativo de la responsabilidad que sentimos ante su muerte, nos mueve a intentar añadir algunas consideraciones a lo mucho que, con mayor autoridad, ya se ha dicho sobre él.

Es cierto que la posteridad recordará a don Jaime Eyzaguirre como uno de los más grandes historiadores que Chile haya producido. Tal vez como nadie, entendió la Historia como un medio para desentrañar el interior de los hombres y de los pueblos. En sus manos, ella jamás fue algo meramente anecdótico; mucho menos un conjunto inorgánico de personas y acontecimientos; menos aún, un instrumento difusor de las pasiones. Sin perder jamás la exactitud del rigor científico, su análisis penetraba siempre con hondura en lo medular del significado de los hechos, de las épocas y de las instituciones.

Hace algunos años nos tocó oírle una conferencia en la Escuela de Derecho de la Universidad Católica, que él mismo, con modestia, tituló “En busca del alma de Chile”. Difícilmente podremos olvidar el impacto que la profundidad de su visión provocó en el auditorio que lo escuchaba. Al salir, todos tuvimos la clara sensación que, añadiendo una meditación paciente a los esfuerzos -muchas veces áridos- de la investigación, don Jaime Eyzaguirre había logrado desentrañar el alma de nuestra Patria.

Por eso, y no por mero capricho, era un gran hispanista. Porque creía en la Tradición, que engarza una generación con la otra, hasta llegar al tronco mismo de la nacionalidad. Y en ese tronco es donde está presente España, con la reciedumbre de su fe, la nobleza de sus "hidalgos" y esa aventura histórica sin igual, que fue la Hispanidad, de la cual brotaron un día veinte naciones hermanas a la civilización occidental y cristiana.

La posteridad tendrá que reconocer, sin duda, que don Jaime Eyzaguirre cambió, en buena medida, el enfoque de nuestra Historia nacional.

Pero para quienes lo conocíamos más a fondo, todo eso se nos aparece como en un segundo plano. Y es que no hemos perdido sólo a un gran historiador. Se ha ido un Maestro de la intelectualidad, de la juventud y de la Iglesia Católica chilena.

Maestro no es sólo el que enseña. Ni siquiera el que enseña bien. Maestro es la persona que, por un impulso interior de vocación, coloca sus talentos al servicio de los demás seres humanos, en la intención de alumbrarles el camino que cada cual tiene por delante. Convertido, por obra del amor, en luz y guía de cuantos lo rodean, el Maestro ha de ser amigo y ejemplo para sus discípulos. Amigo, porque, como dijera Saint - Exupéry , "sólo se ve bien con el corazón; lo esencial es invisible para los ojos". Ejemplo, porque sólo cuando la Verdad se encarna es capaz de ser fecunda en su misión de arrastrar hacia ella a los demás.

Don Jaime fue Maestro; y por eso fue amigo y ejemplo.

Nunca un problema humano fue ajeno para él, y quienes lo necesitaron en algún momento, jamás dejaron de encontrar su palabra de consejo y de apoyo. La fe religiosa fue el norte de su vida y, fortalecido en la oración, consagró a su apostolado las mejores horas de su existencia. Con la integridad de los espíritus selectos, vivió sus ideas hasta las últimas consecuencias. Por eso jamás tuvo ambiciones materiales. Por eso también, su voz resonó siempre, valiente y segura, en defensa de sus convicciones. Y porque no sólo creía en ellas, sino que las vivía y las amaba, sufría intensamente al verlas quebrantadas; al ver la crisis actual de la Iglesia que, con la dimensión histórica de su juicio, estimaba de una gravedad muy particular. Podría decirse que tenía la virtud suficiente para, al contemplarla, sufrir en forma vital.

Su último artículo de prensa, titulado "¿A quién obedecer en la Iglesia?", era un reflejo de esa angustia que sentía. Hubo quien intentó ofenderlo con una diatriba, pero ni siquiera lo rozó. ¡Había tanta distancia entre él y su agresor! Entretanto, don Jaime calló. Nada tenía que responder a un insulto personal; no habiendo principios de por medio, sacrificó su amor propio con un humilde silencio. Como calló cuando, en la Universidad Católica, conoció la ingratitud y la injusticia en horas amargas de su vida. Su actitud, para quienes estuvimos cerca suyo en esos momentos, constituyó una nueva gran lección.

Sufrir por valores espirituales, buscar el servicio y no el triunfo, parecen abstracciones irrealizables en nuestra época. Por eso es que su fallecimiento ha causado una conmoción especial en todos cuantos lo conocieron de cerca.

Hasta sus funerales llegó S.E. el Jefe del Estado, en medio de las múltiples actividades oficiales que reclamaban su presencia. Llegaron obispos, sacerdotes, autoridades políticas, figuras intelectuales, representantes de la Hispanidad (encabezados por el propio Embajador de España), de las Academias históricas y literarias, de los profesores y alumnos de la Universidad de Chile y de la Dirección Superior de la "antigua Universidad Católica". Convaleciente, concurrí al Templo el ex - Rector Monseñor Alfredo Silva Santiago, y concelebró la Misa el ex - Prorector, Pbro. don Adamiro Ramírez. Sólo de la "nueva Universidad Católica", que "por la revolución, crece junto al pueblo", no hubo nadie. Para ella, los treinta años de servicio desinteresado de don Jaime a nuestra Universidad, no contaron.

En el sentido homenaje póstumo de sus funerales, intuimos que principiaba la cosecha de todo lo que don Jaime sembrara. A quienes tuvimos el privilegio -regalo de la Providencia- de encontrarlo en nuestro camino, nos resulta difícil pensar que se ha ido, porque en su misión de guía nos era demasiado necesario. Nos resistimos a la idea de mirar, por tremendamente profundo, el vacío que deja. Pero con la fuerza de la fe que recogiéramos de él, sentimos el deber de estrechar filas y de hacer fructificar su ejemplo. Deber que nos incumbe, por sobre todo, a una juventud de la cual fuera su más señalado Maestro". **(Jaime Guzmán Errázuriz. P.E.C., Política, Economía, Cultura, Año VI, N° 300, viernes 27 de septiembre de 1968).** * Don Jaime Guzmán Errázuriz concluía, a la fecha, sus estudios en la Facultad de Derecho de la

Pontificia Universidad Católica de Chile. Luego, abogado, eminente profesor universitario y senador, vilmente asesinado el 1° de abril de 1991, al término de su clase vespertina en el Campus Oriente de esa Universidad.

- “Dejaba sembrado de centellas el aire donde hablaba. Discurría con gran velocidad a una parte y a otra: picaflor en llamas -todo asunto era una florescencia que él libaba a rápidos sorbos totales. No conocí hasta ahora entendimiento tan fino de agujeta para punzar la médula de un asunto, para detenerse fotografiando una intuición, y luego resolver la instantánea con un traslado por las espaldas de la historia... Me tropiezo a menudo con la ausencia de Jaime Eyzaguirre”. **(Luis Vargas Saavedra. El Mercurio, Santiago, domingo 29 de junio de 1969).**
- “Varios años hace ya que me despedí del más querido hermano, yerto en su envoltura temporal pero impregnado de ese misterioso halo del justo, convencido de que la muerte es sólo un tránsito hacia la eterna bienaventuranza. Ante la serena expresión de su rostro tuve la más clara visión de cómo, sumidos en los quehaceres temporales, fácilmente olvidamos que fuimos sacados de la nada por la Infinita Bondad y llamados a un excelso grado de perfección. ¡Qué pequeñas aparecen nuestras diarias preocupaciones ante el misterio de la vida que nos fue donada para siempre, por medio del maravilloso y tan olvidado dogma de la Resurrección!

Esta fue la última y gran enseñanza que Jaime me recordó desde la fría losa sobre la cual su cuerpo reposaba. Y tanto más grande, cuando yo bien conocía el profundo dolor que había experimentado en su último tiempo. En la Universidad Católica, a la cual había dedicado lo mejor de su vida y de su extraordinaria capacidad de maestro, fue objeto de enconados e indignos ataques por parte de quienes veían en la firmeza de sus convicciones un obstáculo serio para adueñarse de ese plantel de altos estudios, sin reparar en medios. Pocos días antes de morir se le llegó a motejar como “el último de los fariseos” por haber defendido la autoridad del Sumo Pontífice frente a publicaciones en las cuales se colocaba “la luz bajo el celemin”.

Conocí muy de cerca su intenso sufrimiento por la dura crisis de la Iglesia. Quizás su muerte no fue sino el justo llamado de la Divina Providencia para poner fin a un calvario que ya

difícilmente podía resistir. Su última, y como siempre noble decisión de la cual fui testigo, se apoyó en las más profundas raíces de su Fe inquebrantable: soportar en silencio los ataques venidos de sus propias filas por haber defendido la verdad.

Quizás estas líneas, escritas desde el fondo del alma, pongan una nota amarga en la luminosa y brillante imagen que Jaime nos legó.

Pero ese mismo amor "oportuno e inoportuno" a la verdad, que fue siempre su lema, me obligan a decir lo que difícilmente he callado tanto tiempo". **(Julio Philippi. El Mercurio, Santiago, lunes 18 de septiembre de 1972).** * Don Julio Philippi Izquierdo, su cuñado, fue ilustre jurista, catedrático, Experto en los Asuntos del Canal de Beagle y Limitrofes, ex Ministro de Justicia; de Tierras y Colonización; de Economía y Comercio; de Economía, Fomento y Reconstrucción; de Hacienda subrogante, y de Relaciones Exteriores, en el gobierno de don Jorge Alessandri Rodríguez (1958 - 1964).

En fechas más recientes, con ocasión de cumplirse, respectivamente, veinticinco y treinta años de la muerte de don Jaime Eyzaguirre Gutiérrez, cabe señalar el testimonio de dos de sus más cercanos discípulos:

- "Hace un cuarto de siglo que murió Jaime Eyzaguirre y su nombre sigue en vigencia, incluso para la crítica y el ataque, que son la mejor comprobación de que alguien -no obstante haber desaparecido físicamente- continúa importando, continúa pesando.

Algunas de las mejores cualidades de Eyzaguirre sin duda se extinguieron con él. Fue un profesor incomparable por la elocuencia, los conocimientos y la amenidad. Fue el motor de un número impresionante de publicaciones -Estudios, el Boletín de la Academia Chilena de la Historia; Finis Terrae, la revista Historia de la Universidad Católica; la revista Estudios de Historia Política y Social, de la Universidad de Chile-, todas trascendentes, casi todas muy durables y una de ellas, por lo menos, Estudios, señora en la vida intelectual de Chile. Fue un hombre de inmensa bondad y receptividad humana, sobre todo con sus alumnos, para muchísimos de los cuales Seminario 40, la casa de Eyzaguirre, es hasta hoy una dirección imborrable, cargada de nostálgicas evocaciones, especialmente para los más modestos, en lo social o en lo económico, pues aquel

hombre de aspecto altivo y aristocrático tenía para todos quienes se le acercaban un tesoro de acogimiento y de finura espiritual.

Pero las cualidades antedichas, naturalmente murieron con Jaime Eyzaguirre. Y los más hermosos recuerdos suelen desvanecerse a los veinticinco años.

No sucede así, sin embargo, con Eyzaguirre. Vive. Los que fueron sus discípulos en la ciencia histórica (a veces situados después en posiciones doctrinarias muy distintas de la del maestro) reconocen y proclaman con orgullo, cada vez que pueden, su deuda y dependencia con él. Se le estudia en libros, artículos y seminarios (uno de éstos acaba de terminar). Es extraordinario el interés que despierta en jóvenes que no habían nacido cuando murió.

¿Podremos atribuirlo a su obra escrita? Por supuesto hay en ella mucha ciencia, mucho estilo y mucho pensamiento, particularmente si hablamos de sus estudios sobre la emancipación y sobre el pasado colonial, y de su enfoque global de la Historia de Chile y de la Historia de Hispanoamérica. Pero hay historiadores tan importantes como Eyzaguirre, y de concepciones tan originales y trascendentes, si no más, que no se han perpetuado de la misma manera en el interés vivo de los chilenos. Me viene a la cabeza el ejemplo de Alberto Edwards. Aún suscita, simultáneamente, admiración y algún ataque bilioso, pero sólo en círculos académicos.

A mi juicio, la pervivencia de Jaime Eyzaguirre se debe a que ciertas ideas suyas, presentes en sus obras y también en su vida, continúan interesando a nuestra sociedad, y en particular a los jóvenes, con igual, si no mayor, fuerza que hace un cuarto de siglo. Entre otras:

- La raíz hispánica de nuestra cultura, con todas sus implicancias, todas sus potencialidades y todos sus defectos y virtudes;

- La solidaridad de los chilenos, y el deber de justicia y caridad para con los pobres. No debe olvidarse que Jaime Eyzaguirre perteneció al grupo apostólico del jesuita Fernando Vives, y tomó de éste el entusiasmo por la doctrina social de la Iglesia, y particularmente de las grandes encíclicas de León XIII y Pío XI. Fue ésta la real sustancia de Estudios, y no el "conservadurismo" que con ignorancia suele atribuírsele;

- La continuidad de nuestra historia, levantada como bandera contra quienes querían arrasarlo todo, "partir de cero";

- Finalmente, la fidelidad de la Iglesia, a su jerarquía y a su magisterio. Para quienes, entre sus discípulos y amigos, éramos católicos, esta fidelidad -y en especial la rigurosa vivencia de la pobreza evangélica- constituyó un ejemplo inolvidable. Y para quienes no compartían esa fe, fue también inolvidable que un hombre como Eyzaguirre, llamado por su origen social, sus relaciones y su talento a una vida muelle y sin sobresaltos, eligiera en cambio la existencia ascética y trabajosa del científico y del cristiano". **(Gonzalo Vial. El Mercurio, viernes 17 de septiembre de 1993).** * Don Gonzalo Vial Correa es abogado, catedrático, ex Ministro de Educación, Miembro de Número de la Academia Chilena de la Historia.

- "Jaime Eyzaguirre llegó a la historia, como muchos, desde el Derecho, y, en lo más específico, desde la genealogía. A menudo recordó que esta última disciplina, que lo acercó al documento y le enseñó el rigor y la cautela metodológicos, lo cautivó con fuerza por algunos años, al punto de que hubo de hacer un esfuerzo serio para incorporarse en forma decidida al campo más amplio de la historia. Pero es interesante esta formación temprana, porque siendo autodidacto y ajeno a la historia como profesión -y, por ello, receptor tardío de las últimas corrientes historiográficas- pudo anticiparse y descubrir, de manera intuitiva, el enorme potencial que para la historia tiene la referida disciplina. Al terminar su vida nos entregó un pequeño y valioso trabajo que es una aproximación prosopográfica a la Independencia y que abre novedosos campos de investigación. Hace poco el destacado americanista francés Francois - Xavier Guerra aludía a su interés en abordar la historia de la emancipación desde una perspectiva prosopográfica, que estima como la forma más provechosa de tratar una materia sobre la cual supuestamente está casi todo dicho.

¿Cómo se forma un historiador aficionado, como lo fue Eyzaguirre y mayoritariamente lo fueron los chilenos hasta el decenio de 1960? De manera no muy diferente a un profesional: leyendo de manera sistemática y trabajando día tras día y año tras año en los archivos. Leyó mucho sobre historia de España y de Chile, sobre historia de América y sobre historia del Arte. Conocía a nuestros cronistas, había trabajado los historiadores de la Independencia y la colección de

documentos sobre ella. De las historias grandes, nunca miró con simpatía la obra de Barros Arana, por su falta de equilibrio, pero le reconocía su valor: "Fíjense siempre en las notas de Barros Arana", solía recomendarnos. Alababa los cuadros pintados por Vicuña Mackenna, pero ponía en guardia contra sus excesos imaginativos. Para él resultaba sorprendente que un acérrimo liberal como Vicuña hubiera logrado penetrar mejor que otros en la desconcertante personalidad de Diego Portales, de manera, subrayaba con ironía, que quien comenzó a escribir una obra contra ese personaje concluyó enamorado de él. Valoraba a Sotomayor Valdés y miraba con desconfianza los desbordes interpretativos de Edwards y Encina. En algunas ocasiones expresó su reconocimiento a dos autores que, según sostenía, le resultaron fundamentales para su comprensión del fenómeno de la emancipación: el francés Marius André y el español Manuel Giménez Fernández. El primero fue autor de un breve libro, traducido y publicado en España en 1939, "El fin del imperio español en América", y el segundo, antes de sumergirse en sus investigaciones en los papeles colombinos, publicó en 1946, en el tercer volumen del "Anuario de Estudios Americanos", un trabajo que fue revelador para Jaime Eyzaguirre: "Las doctrinas populistas en la independencia de América".

Es sabido que Eyzaguirre abarcó muchas áreas de la historia y que su propósito último era el de ofrecer una visión amplia y comprensiva de nuestra propia historia, tarea que quedó inconclusa. Pero esta idea había ido tomando cuerpo lentamente merced a sus cursos de historia del Derecho. Durante varios decenios, esa disciplina abarcó dos años: en el primero se abordaba la historia del derecho peninsular y en el segundo, la del derecho indiano y chileno.

Al revisar los apuntes de sus clases, en especial de las que dictaba en el segundo año, se advierte que la historia del Derecho propiamente tal iba dejando un amplio cauce a la historia general. Sus alumnos no dejaban de advertir el deslizamiento hacia la historia política y social. Eyzaguirre jamás aludió a ese punto en sus clases, pero años después, y ya como ayudante de su cátedra, supimos que no le interesaba la historia del Derecho. Pero la rigurosa periodificación tan característica del derecho histórico tal vez le dio una útil y en cierto sentido novedosa clave para abordar de otra manera la historia de Chile.

En el plan de las revelaciones que surgían en las largas tertulias con que se continuaban nuestras jornadas de trabajo hubo otras de mayor interés: enemigo de las modas, jamás pudo abordar la historia económica, que hacía furor en el decenio de 1960. Aunque no habría suscrito el desafiante postulado de Néstor Meza de que la única historia posible era la política, Eyzaguirre pensaba más bien en la historia política, en la social y en la institucional, suma que daría esa visión totalizadora que perseguía. No es casualidad que esos tres adjetivos fueran los que llevó la revista que creó en la Universidad de Chile y que concluyó con su muerte.

Pero tal vez la más sorprendente de esas revelaciones, y que hizo ante varios de sus ayudantes, fue que tampoco la historia estaba entre sus primeras prioridades. Fue para mí una sorpresa oír eso, aunque, de haber tenido entonces más sensibilidad para los pequeños detalles, lo habría descubierto sin dificultad. Porque lo verdaderamente importante para Eyzaguirre era la docencia. No es del caso recordar aquí el brillo de sus clases, seguidas por un alumnado que se apasionaba con sus exposiciones y que discutía con vigor sus afirmaciones, en especial en la Universidad de Chile, lo que siempre era bien recibido por Jaime Eyzaguirre, que amaba la polémica. Bien sabemos que la clase continuaba en forma peripatética con un grupo que lo seguía hasta su casa en la calle Seminario. Algunos distinguidos profesores escribieron, con motivo de la muerte de Eyzaguirre, sobre sus notables cualidades pedagógicas. No era un técnico en la materia; era también un aficionado. Pero era profesor por necesidad, porque tenía mucho que comunicar. Y en una tardía revelación nos pudimos explicar por qué Jaime Eyzaguirre había abandonado todo para dedicarse a la historia y a la docencia: porque la cátedra le permitía ponerse en contacto con los jóvenes y hablar con ellos de lo único que realmente importa: de la historia de la salvación.

Al morir Jaime Eyzaguirre, un religioso muy próximo a él lo definió como apóstol laico. Y hoy, 30 años después, estamos comenzando a calibrar la dimensión de su profunda religiosidad, esencialísimo elemento diferencial que lo hace una de las más importantes y atípicas figuras de la historia espiritual chilena de nuestro siglo". **(Fernando Silva Vargas. El Mercurio, Santiago, jueves 17 de septiembre de 1998).** * Don Fernando Silva Vargas es abogado, profesor universitario y Miembro de Número de la Academia Chilena de la Historia.